

biendo formado ya su hogar. Ha publicado «Anfora», «O paxaro na boca» (ésta en lengua vernácula), «El vagabundo» y en preparación «Niño de olor» y «Noticia de la tierra», todos ellos libros de poesía.

Hay en ella—junto a un temperamento exaltado y estremecido, canción de alas rotas y difícil evasión a la espesura del misterio, una invencible tenencia de notas que pasean a la naturaleza por fondos de cegada noticia, de vívida oscuridad, de emocionable sortilugio en conclusivo tacto con el pensamiento y la inabordable cerrazón consustancial, pero sagaz intuición patética.

EL VAGABUNDO

Vagabundo. Su sombra en los arroyos, su presencia, sin prisa, en las montañas, todo él, nacido como piedra o nube, toca la voz del mundo para siempre.

El perro no se besa, se contiene, se conducen las selvas por la sangre, los caminos se beben, paso a paso, por las dulces tabernas de la noche.

Todas las primaveras, las más rotas, crecen sin fin, eternamente nuevas, se estrellan como pájaros pequeños, como frutas maduras, contra el pecho.

Es imposible que la tierra cese, que no toque, con leve pie de baile, la mejilla feliz del vagabundo.

Ya va cantando ramas verdaderas, haciendo amor, lo mismo que hace el viento.



Voces y expresiones viciosas

Revancha, no, desquite, sí.

No hay frontera que valga contra las invasiones del espíritu. Ni las montañas más altas, ni los ríos más an-

chos y profundos pueden oponerse felizmente a tales fenómenos. El espíritu es un ejército victorioso que salvo raras excepciones—y *exceptio probat regulam*—siempre alcanza los objetivos propuestos.

No hay arma más poderosa que la palabra; ni fuerza nuclear más potente que la idea. Los enciclopedistas no emplearon otros elementos bélicos que las palabras y las ideas, y ganaron la gran batalla de la Revolución Francesa. Así lo afirman Thiers, y Michelet, y Carlyle. Y si este ejemplo dejase mal sabor de boca en los lectores, diría que Jesús de Nazareth, con la fluidez de su pensamiento y verbo divinos, ganó la batalla más trascendental de cuantas riñó el hombre sobre la tierra.

Descendamos ahora de estas cumbres de la dialéctica a los abajaderos de la vida cotidiana. Y Dios quiera que escapemos de este salto casi mortal sin hacernos ni un chichón.

Los galicismos, tan frecuentes en nuestro lenguaje, como hemos visto a través de numerosos ejemplos, no son sino pequeñas batallas ganadas por el país vecino a los españoles. Hay galicismos de pensamiento y galicismos de lenguaje. Abominemos de ambas especies, que nada debe enorgullecernos tanto como el pensar y decir con la fuerza autóctona de nuestra propia personalidad: esto es, sin tomar a extraños las ideas, ni los modos de expresión. Quien piensa por sí, con originalidad y trasmite sus ideas a los demás por medios propios, correctos e incluso castizos, alcanza la nota más alta de vigorosa individualidad.

La multitud de galicismos, como la serie de números primos, es ilimitada. *Avalancha* («avalanche»), por alud; *arribista* («arribiste»), por advenedizo o en todo caso, arribista, con *b*, de arribar: llegar (1) *justeza* («justesse»), por precisión, exactitud, acierto; *tener lugar* («avoir lieu»), por celebrarse, efectuarse, verificarse; *rail* («rail»), por

(1) Véase *Limpia y fija...* por Mariano de Cavia (Madrid, 1922), págs. 19.

riel, carril; *consumación* («consommation»): «droits de consommation», por *consumición*; *constatar* («constater»), por probar, comprobar, demostrar, averiguar, consignar, hacer constar; *revancha* («revanche»)—objeto de este divertimento filológico—por *desquite*. (1).

«Créame usted, olvide para siempre esta obra y a buscar la *revancha*». Julio Nombela: (*Impresiones y recuerdos*) t.º II, página 158.

«...¿qué misteriosa *revancha* hace que tema a la muerte como a una bestia...?» José Vila Selma. Trad. de *Bajo el Sol de Satán*, de George Bermanos, (Madrid, 1955). pág. 311.

Ambos modos de decir son a todas luces gabachos, y merecen la palmeta del dómine.

En cambio, Cristóbal Litrán en su versión de *Historia de la Creación de los seres organizados según las leyes naturales*, de Ernesto Haeckel, pág. 82, dice correctamente:

«Cuvier buscando el desquite, reaccionó contra los numerosos errores, contra las especulaciones aventuradas de estos filósofos de la naturaleza...».

Y escritores de rango—¡ojo, señor *Hablista!*; de calidad—, optan, como es lógico y plausible, por la voz castellana:

«...empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el más espantoso desquite que de su enemigo puede tomar». Larra: *Obras escogidas: Crítica de El Trovador*, de D. Antonio García Gutiérrez.

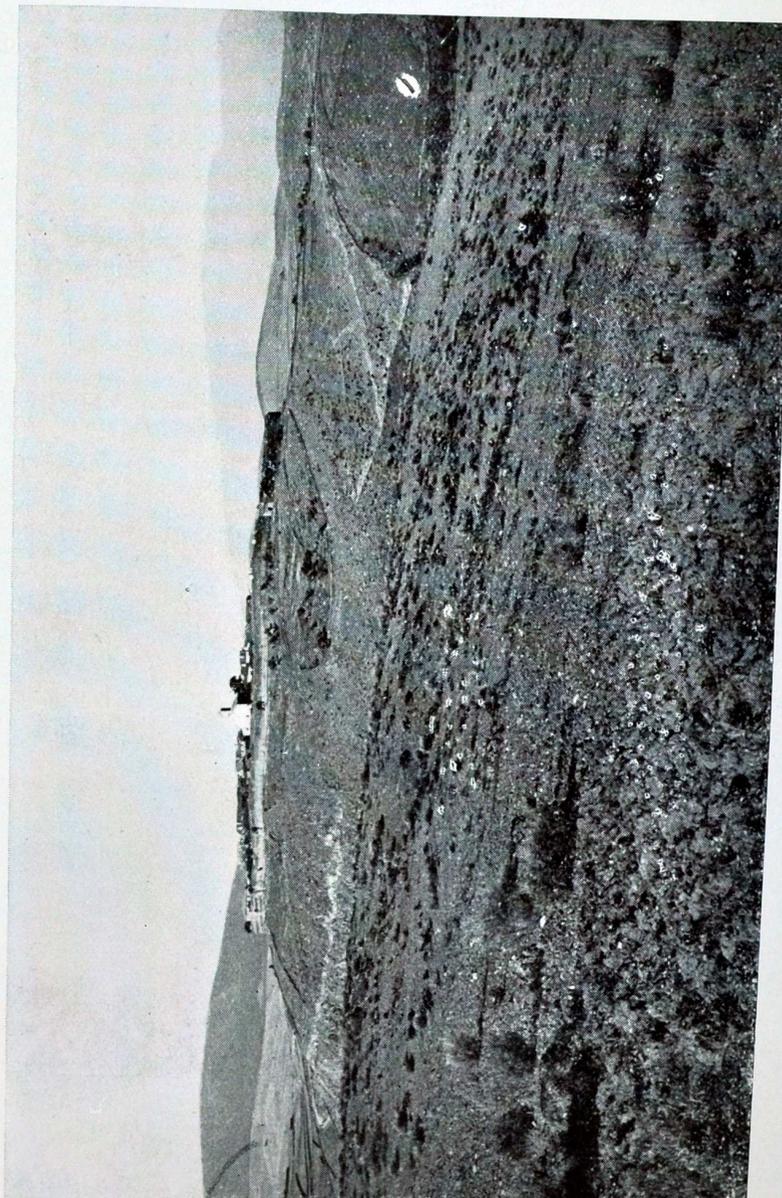
«Después de un corto silencio habló el conde:

—Curita, es menester que me dé V. el desquite». Valera (*Pepita Jiménez*).

El tesoro de la lengua
conservemos siempre intacto,
y huyamos cual de la peste
de todo ascendiente extraño,
que si Molière fué una joya
con brillo propio... y prestado,
el padre de Don Quijote
más que una joya, fué un astro.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) Algunas de estas voces las he estudiado ya en «Alcántara».



ALBUM EXTREMEÑO.—Vista panorámica de Granadilla (Cáceres). Foto Mas